

## EL AULA DE MACHADO EN BAEZA

Antonio Machado se incorpora a su cátedra de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza el día 1 de noviembre de 1912: tiene treinta y siete años, ocupa en el escalafón el número 436, cuenta con cinco años y seis meses de servicios, disfruta un sueldo de 2.500 pesetas. Y pronto, en su «Poema de un día», se ofrece al lector en su nuevo destino:

*Heme aquí ya, profesor  
de lenguas vivas (ayer  
maestro de gay-saber,  
aprendiz de rui señor),  
en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.*

Antonio Machado, en meses-víspera de la guerra europea, comienza diariamente a dar su clase en un aula de la planta baja, en el primer patio de la vieja Universidad de Baeza, en cuyo edificio se ha instalado el nuevo Instituto. El aula tiene un zócalo de madera y su clásico entarimado –también el aula, como el pueblo, es húmeda y fría–, se ilumina con la luz del patio que entra por la ventana. Libros y material docente se guardan en las dos rinconeras del aula, un mapa de Europa preside la clase y tres filas de banco-pupitres y con las bisagras vistas se alinean a todo lo largo. La pizarra y la tiza componen con las pantallas de plato el resto de la decoración: se adivinan en la pared manchas de humedad

aquella mañana en que el fotógrafo F. Baras Padilla, el fotógrafo de Baeza, salva para la historia la estampa del aula de Machado que el poeta anotaría para sus versos. Porque a esta aula no se refiere su recuerdo infantil con la monotonía de la lluvia tras los cristales y el cartel con la representación de un Caín fugitivo y la mancha carmín junto a Abel. Lo que sí está representada en el mapa de Europa es la costa francesa del Mediterráneo: por allí está Collioure, pero estamos en 1913. El día 1 de octubre de 1916 se inaugura el curso académico; entonces, en Universidades e Institutos el curso se inauguraba un mismo día, y vuelve al patio de la vieja Universidad el fotógrafo Baras y ordena en grupo a los flamantes profesores, con sus mucetas de licenciados y con sus flamantes birretes de doctor junto a los representantes oficiales de etiqueta; y asomando la cabeza desde la segunda fila está Antonio Machado, el profesor de francés y vicedirector, desde el 3 de diciembre de 1915, del Instituto de Baeza.

En Baeza, escribe Machado una parte importante de su producción lírica. Pero la decisiva huella que deja Baeza en su obra es que hasta su experiencia baezana sólo alienta tras su escritura exclusivamente el poeta lírico y allí le nacen otras inquietudes. No está contento en su nuevo destino, aunque tras sucesivos ascensos la Administración le suba el sueldo, primero a 4.500 pesetas anuales –con el número 399 del escalafón– y, posteriormente, a 5.500 y número 325 de un escalafón que tampoco le gusta, ni le apasiona esa obligación de enseñar los versos franceses a sus españolitos alumnos. Desde Baeza pregunta en sus versos por Soria: si tienen hojas nuevas los viejos olmos, si hay ciruelos en flor, si quedan violetas, si hay ruiseñores en las riberas. Es la curiosidad y el constante vivir con el alma en otro sitio de los noventaiochistas: Ganivet, desde Helsingfors, pregunta también por los ruiseñores de Granada. Baeza, para ese humilde profesor de un instituto rural, es una ciudad moruna. Desde Baeza, Machado se estremece con la Castilla de Azorín, que hasta su rincón le llega, y piensa en la primavera soriana, se desvive por otros paisajes, se siente extranjero en los campos de su tierra. No es sólo Leonor ni su recuerdo. Es la luz, es la montaña, es el estar siempre en otro sitio: en Soria, el limonero de Sevilla; en Baeza, el Moncayo, el Urbión, las cigüeñas imaginadas sobre los campanarios de la ciudad castellana. ¿Es que se aburre Machado en Baeza? La prosa típica del diccionario geográfico de Madoz asoma muchas veces a los textos de Machado: «Esta Baeza, que lla-

man Salamanca andaluza, tiene un instituto, un seminario, una escuela de artes, varios colegios de segunda enseñanza...». Pero sus aburrimientos y sus desganas se los desbarata todos los años un catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes, que desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada irrumpe acompañado de un grupo de alumnos en el patio del instituto en busca del poeta y profesor de Lengua Francesa. Don Martín Domínguez Berrueta llega con los alumnos en su viaje de estudios de fin de carrera: «Berrueta –escribirá Machado– recorre con sus alumnos los pueblos de España; más que en las aulas, tiene su cátedra en el tren, en los coches de postas, camino de las viejas urbes, donde él, con los suyos, busca una viva emoción del arte patrio y adonde lleva su palabra, su ciencia y la noble curiosidad de sus alumnos. Todas las primaveras, coincidiendo con el paso de las cigüeñas y la vuelta a las golondrinas, hemos visto aparecer por esta vieja ciudad de Baeza a Berrueta, con su alegre grupo de universitarios granadinos». Así llegué yo también a Baeza y a Úbeda, en 1945, con los «Orígenes», de Menéndez Pidal, frescos y recuerdos recientes del «Appendix probi» o de la «Chanson de Roland». Machado era un puro recuerdo: el aula del Instituto olvidada, la farmacia de Almazán, pura nostalgia de su rebotica, el lugar machadiano del camino de Baeza a Úbeda sin que supiesen localizarlo, y era pura aventura la búsqueda de la casa de la calle del Prado de la Cárcel o el hotel Comercio; parecía como si esos recuerdos los archivase únicamente en su memoria Rafael Laínez Alcalá, que recordaría siempre la figura del poeta con la fachada a la espalda del palacio de Jabalquinto. Pero en 1916, quien llegó a Baeza, a ese patio del instituto, a esa aula de Machado, formando parte del grupo de estudiantes que dirigía hacia Castilla el maestro Berrueta, fue Federico García Lorca, que hizo alardes ante Machado de sus aficiones a la música y a la poesía, y que interpretó al piano, en el casino, la «Danza de la vida breve», de Manuel de Falla; Antonio Machado leyó ante el grupo «La tierra de Alvargonzález», y María del Reposo Urquía –nombre real, no figura de ficción de la prosa de Azorín– tocó en el mismo piano la «Romanza sin palabras», de Mendelssohn. Desde Granada, Federico García Lorca escribiría a María del Reposo como «apreciable y lejana amiga». Le ha impresionado su figura menuda y simpática. También sobre Antonio Machado ejerce idéntica fascinación.

A partir de ese día, a Machado le pareció su aula del Instituto algo menos húmeda y fría, acaso más luminosa. Pero no por eso mejoró su atuendo indumentario. María del Reposo, una de las hijas del director del Instituto, comenzó a revolotear por sus versos. Hacia atrás, permanecía inalterable el recuerdo de Leonor, luego irrumpirá el vendaval de Guiomar, pero entonces la realidad era esa: un tablero de pizarra para enseñar los verbos franceses y a leer con los alumnos en una antología escolar. Y allí, en su rincón moruno, piensa en la guerra de Europa, mientras repiquetea en los cristales el agua bendita de la siembra, y mientras el hombrecillo fuma, y piensa y ríe al pensar. Machado se aburre en el casino. En Soria salva el olmo del camino; en Baeza, el olivo «bajo este azul cobalto». Y Machado aprovecha estas visitas de estudio de escolares que llegaban de Granada para ponderarles la importancia de aquel Instituto, cuyo patio era el mismo patio de la vieja Universidad, del siglo XVI. Entonces era un Instituto de Enseñanza Media, lo fue antes de Segunda Enseñanza, y más atrás, Colegio de Humanidades. Pero entre 1538, y hasta 1824, fue Universidad, fundada por el beato Juan de Ávila, con bula para sus estudios generales concedida por Pío V; Universidad que firmó pactos de hermandad, en relación con convalidación y admisión de grados, con la Universidad de Salamanca. En un aula de aquel patio de la vieja Universidad, Machado enseña francés. ¿Fue un buen profesor? ¿O fue mejor excursionista y poeta? Porque desde allí salió un día a cantar el nacimiento del río Guadalquivir, y desde allí recordó el nacimiento del Duero; excursiones reales y soñadas, vivencias y desvivencias presentes constantemente en todo su hacer poético. Allí, en Baeza, mantiene viva la presencia de Leonor Izquierdo, que enhebra con las nuevas manos que tocan al piano a Mendelssohn. No es un instituto más, no es un aula más en la biografía del poeta: deja huella en sus versos y en su vida. El palacio de Dueñas, en Sevilla, le queda muy lejos; el huerto donde madura el limonero se le ha convertido en un clisé ruberniano; su Andalucía –aunque no le gusta– es ésta de Baeza, con olor de olivo y aceite más que de naranja en flor, cuarterona entre castellana manchega y andaluza, con el Káiser Guillermo y sus bigotes en las revistas ilustradas, y según le cuenta a Unamuno en carta con una sola librería, «donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos».

Por eso, al restaurar ahora la Universidad de Granada, de nuevo, los estudios en la vieja Universidad de Baeza, afronta el devolver, ante todo, al aula de Machado, su sabor de época, a la par que incluir cada año en la programación de los cursos de su Universidad de Verano un día en homenaje al poeta, al igual que venía haciendo la Universidad de La Rábida con el poeta de Moguer. Allí, en aquel patio de la vieja Universidad, también se fotografió Machado una mañana con sus compañeros de claustro; José Luis Cano reproduce la fotografía en su biografía ilustrada del poeta: cuello almidonado, obligado bastón, el mismo sombrero que se le fue reblandeciendo de año en año como si estuviese abandonado en el estudio de Dalí, abrigo con cuello de terciopelo, del que se sacudió para la fotografía algunos restos de caspa. En la cartera de notas del poeta anotaría hoy estos datos: desaparecen de su vieja aula los modernos radiadores de la calefacción y los odiosos tubos fluorescentes que algún director de in activo y sin sensibilidad ordenaría colocar para hacer desaparecer del aula de Machado su carácter de húmeda y fría que tenía cuando Rafael Laínez Alcalá figuraba entre sus alumnos: «Solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde, o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la plaza de toros, allí por el Ejido... Todavía lo recuerdo, apoyado con sus manos en su cayado, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil...; otras veces, los estudiantes le veíamos llegar por el paseo de la estación en tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua.» Es decir, buscaba el olmo, soñaba con sus tierras sorianas. O, como desde Segovia, iba a recordar el olivo. El caso es no estar donde está. Así pensaba Mairena, así se inquietaba el poeta sentado en la rebotica de la farmacia Almazán. Y todo era porque en su derredor reinaba la mediocridad. O, como le confiaba a Unamuno con lenguaje del siglo XVI: «Malos tiempos corremos, de infinita vulgaridad». La que hizo colocar hasta hoy radiadores pintados de plata y tubos fluorescentes en el aula de Machado, en Baeza, desde la que salió un día, fiamblera en mano, a convertir en borbollón de verso el nacimiento del Guadalquivir en Cazorla.

ANTONIO GALLEGRO MORELL

(*Ya*, Madrid, 22 de junio de 1980)